

LOS ESTADOS MAYORES Y EL ARTE MILITAR

General (r)

ALVARO VALENCIA TOVAR

Cuando se transita por las praderas de la historia —escenarios de guerras seculares— las figuras de los grandes capitanes se adueñan del panorama global, dominándolo con su genio.

En la penumbra, cubiertos por el anonimato, quedan unos hombres silenciosos, devorados por el trabajo sin brillo ni figuración personal. No serán luminarias ni compartirán la gloria de los comandantes victoriosos. Forman cuerpos, equipos humanos, cuanto más sólidos en su unidad in-

telectual más eficaces en su labor austera y absorbente. Quien mejor definió ese conjunto impersonal que forma los Estados Mayores, fue un inglés, Spencer Wilkinson, al intitular su libro sobre la formidable máquina militar que hizo de Prusia una gran potencia, "*El Cerebro de un Ejército*" (1).

El Estado Mayor es un servicio anónimo. Su trascendencia se difumina tras el deslumbramiento de la fama conquistada por los generales en el campo de batalla,

(1) Wilkinson, Spencer: "*The Brain of an Army*". Por primera vez se publicó este magnífico libro sobre el Estado Mayor prusiano en 1891. Causó honda impresión en los lectores británicos y norteamericanos, hasta el punto de originar esfuerzos para desarrollar los Estados Mayores de Inglaterra y Estados Unidos.

Las consultas para el presente artículo se hicieron en la segunda edición, impresa por Constable and Company, Londres, 1913.

donde aparece su figura solitaria pero no ese cerebro invisible que hizo posible el triunfo.

Lo importante en la Historia no es tanto el conocimiento del pasado como lo que éste pueda dejar en lecciones útiles para el presente y el futuro. Una verdad trasciende de esa Historia: los períodos más brillantes en la existencia de cualquier ejército, coinciden con la eficacia que el Estado Mayor adquirió dentro del contexto militar del respectivo país. Aun conductores iluminados por la chispa del genio, hubieron de apoyar en la acción de su Estado Mayor sus concepciones personales. Más todavía. Muchos grandes generales lo fueron en virtud de que conformaron a su alrededor grupos selectos, capaces de convertir su pensamiento en acción y de proporcionarles elementos fundamentales para sus grandes decisiones. Contrariamente, las épocas de decadencia han llegado, sin excepción, acompañadas del deterioro o anquilosamiento de los Estados Mayores.

La Edad Antigua

Suele pensarse que los cuerpos especializados en asesorar al comandante comienzan con el Siglo XVII. La verdad es cómo ya se

hallan en los ejércitos del Nilo y del Eufrates, en la infancia de la humanidad. En un comienzo fueron organismos reducidos de *oficiales de órdenes* en torno a Thutmosis I, hacia el año 1600 antes de Cristo, cuando el ejército egipcio adquiere fisonomía permanente y el Faraón conquista a Siria y Palestina.

La función de inteligencia toma carácter en países extraños, desconocidos para el invasor. La de operaciones al extender la acción de comando mediante los oficiales de órdenes. Simultáneamente, al desplazar ejércitos a grandes distancias de sus fuentes de aprovisionamiento, surge la logística. Allí, embrionariamente, se halla la concepción del Estado Mayor.

Sun Tzu, famoso estratega chino del Siglo V A.C., escribió en su tratado "El Arte de la Guerra" (2): "*Lo que capacita a un general para la batalla y el triunfo es el conocimiento previo*". Es decir la inteligencia militar. Y para atender debidamente ésta y las demás funciones de asesoría, se requiere de organismos especializados. La noción pasa de los egipcios a los asirios, que emergen como poderosos guerreros a comienzos del Primer Milenio A.C. De éstos a los medos. De los medos a los persas. La aurora de cada

(2) Sun Tzu, *Art of War*. Traducción del chino por Lionel Giles, del Museo Británico, Departamento de libros Orientales. Edición 1964, Taipei, Taiwan (China Nacionalista).

nuevo imperio coincide con el crepúsculo del que le ha precedido, pero toma de él lo mejor que halla. Así va depurándose el concepto de esos cuerpos asesores.

Persia se vuelca sobre el mundo de su época. La guerra llega hasta las estepas rusas por el Este y hasta Grecia, entonces en la plenitud de su esplendor, por el Oeste. El temible ejército forjado por Ciro se quebranta, comandado por Darío y luego por Jerges, ante el espíritu griego que gana las increíbles victorias de Maratón y Salamina. Para accionar las falanges helénicas, al igual que a los ejércitos persas de tierra y mar, se dispuso de elementos de Estado Mayor, como se deduce de los relatos de Jenofonte y de sus referencias al abastecimiento marítimo de los invasores.

De Alejandro a César

Filipo de Macedonia es un producto del mundo griego. Extraordinario general, forja para su hijo Alejandro los instrumentos que habrían de llevarlo en breves años a uno de los más altos sitios de la historia. Entre esos instrumentos, ya con carácter definido de organismo, se halla el Estado Mayor, compuesto por especialistas en técnicas de sitio, logística, máquinas capaces de arrojar proyectiles pesados, ingeniería de fortificación. Para vencer la

famosa falange helénica se diseña la *sarissa*, lanza de gran longitud, que domina las más cortas de sus adversarios.

Filipo fue un talento organizador. Alejandro un genio militar de concepciones grandiosas que le permiten entrar arrolladoramente al difícil reino de la estrategia y aplicarlas con talento táctico en la batalla. Su uso del Estado Mayor fue rasgo singular, aplicado a los campos de inteligencia, logística, administración de personal y especialidades bélicas que desarrolló al estilo de las catapultas de sitio, simplificadas y portátiles, en forma que pudiesen apoyar la maniobra de sus falanges móviles. O los puentes desarmables con los cuales allanó los obstáculos fluviales. Como ocurriría más tarde con otros connotados capitanes, Alejandro fue su propio oficial de operaciones.

El Imperio Romano

Tan sólo 200 años después de la prematura muerte de Alejandro surge otro general de su calibre, fruto de la grandeza imperial de Roma. Julio César llena con su recia figura muchas páginas de la historia. Significativamente sus primeras experiencias bélicas son el servicio que hoy consideraríamos de Estado Mayor, primero como Ayudante de Campo (*Contubernalis*) en la campaña contra Mitridates, Rey del Ponto; luego

como Cuestor (cargo administrativo) del Procónsul Veto en España.

César unificó el mando dual de las legiones creando el cargo de *Legado*, al que asistían los dos *Tribunos*, que antes alternaban ese mando, como virtuales miembros de un Estado Mayor en campaña. A esta misma actividad pertenecían los *cuestores* que atendían los abastecimientos, los *contubernales* la Ayudantía General, los *pretos de cohorte* que actuaban como secretarios y auditores de guerra, los *especuladores* que, en número de diez por legión cubrían funciones de inteligencia, y los *fabri*, ingenieros de campaña.

Del *cuestor* proviene semánticamente el cuartelmaestre que, por evolución funcional, pasará del campo logístico al de inteligencia y operaciones en el ejército alemán, siglos más tarde. Julio César, en el cenit de la era pagana, se anticipó mil seiscientos años a lo que serían los Estados Mayores de los ejércitos occidentales.

De la Grandeza Imperial a la Penumbra del Medioevo

Poco requerían los nobles de la Edad Media, enzarzados en interminables contiendas vecinales, de un Estado Mayor para dirigir sus reducidas huestes. Basta con pensar que en Hastings, una de

las grandes acciones bélicas de su tiempo, el frente de los normandos de Guillermo el Conquistador contra los sajones de Harold, no tuvo más de un kilómetro de extensión.

Las Cruzadas, empeño colosal para la Europa cristiana y feudal, demandaron enorme esfuerzo logístico para el ejército aliado, a enormes distancias de los países de origen. Quizá a ello se deba que en el período de oscurantismo militar más largo de la Historia, la logística haya sido el único elemento sobreviviente del nítido concepto romano del Estado Mayor. En Inglaterra lo personifica el Gran Condestable, con funciones adicionales de diversa índole, lo que hizo de él, como más tarde en Francia, un virtual Jefe de Estado Mayor.

Ese eclipse de más de doce siglos halla en la península que vio nacer la grandeza del Imperio Romano, su resurgimiento. Los *condottieri* son mercenarios que crean, organizan y entrenan sus propios ejércitos para ponerlos al servicio de quien los pague mejor. Al hacer de la guerra un negocio costoso, deben elevar la calidad de su herramienta de trabajo. Y lo hacen sobre los escritos de César, con los que el gran general legó a la posteridad las lecciones de su tiempo.

La profesión de *condottieri* se esparce velozmente y es en Suiza

donde aparece un ejército profesional permanente, que permite al pequeño país centro-europeo una preminencia que sólo termina un siglo más tarde, en la batalla de Pavía, ganada por los españoles de Carlos V contra los franco-suizos de Francisco I.

Los Precursores del Moderno Estado Mayor

Luis XI de Francia, al imponer su autoridad a los caballeros feudales, crea una fuerza nacional al estilo de Suiza. Es el ocaso de una era y el advenimiento de las monarquías guerreras que han de disputarse a Europa, con Alemania y Francia como actores centrales. Los *Landskenetchts* u "hombres de la tierra" en aquella, son la versión nacional a las fuerzas mercenarias. Las *Compagnies d'Ordonnance* en ésta, lo mismo. Son dos conceptos semejantes que, de distinta manera, reviven la noción del Estado Mayor, depurando lo realizado en este sentido por los condottieri.

El sistema regimental de los *Landskenetchts* opera al rededor del *Sargento Mayor*, investido de funciones administrativas y de entrenamiento, al frente de grupos auxiliares. A su lado aparece el *Cuartelmaestre*, responsable del alojamiento y la alimentación del ejército. Los desplazamientos imponen aposentar las tropas y por ende reconocer áreas de llegada,

funciones que se asignan al cuartelmaestre, acreciendo su importancia hasta hacer de él la figura dominante en los Estados Mayores alemanes posteriores.

Con el tránsito del Siglo XVI al XVII en medio de un casi ininterrumpido fragor guerrero, la función de Estado Mayor se hace más consistente y con ello se tecnifica el arte de la guerra. Dos figuras influyen poderosamente en esa evolución: Mauricio de Nassau, heredero del trono de Holanda y más tarde Rey de dicho país, y Gustavo Adolfo de Suecia.

Mauricio desarrolla considerablemente la artillería y da a los trenes (bagajes) una organización que incrementa la movilidad de su ejército, basándose en los *Landskenetchts* y perfecciona el ejercicio funcional de los nacientes estados mayores.

Gustavo Adolfo es uno de los generales más notables del Siglo XVII. Perfecciona los métodos de Estado Mayor desarrollados por Eugenio, añadiéndole los servicios de Justicia y Culto, que juzga esenciales para la moral de su ejército. Es un estratega brillante, un táctico hábil y un organizador excelente, condiciones que le permiten una transformación radical del arte de la guerra sobre la base de simplificar los medios y perfeccionar los mandos. El prestigio entre sus tropas lo califica como gran conductor de hom-

bres. Prohibió el duelo caballeresco propio de la época, pese a lo cual dos de sus oficiales le requirieron permiso para batirse. El Rey lo concedió, apareciendo sorpresivamente en el lugar del combate. "Procedan pues caballeros, dijo a los duelistas y deténganse tan sólo cuando uno de los dos haya muerto. En cuanto al otro, tengo listo el verdugo para ajusticiarlo". Sobra decir que el duelo quedó proscrito en el ejército desde ese instante.

Cuando Gustavo Adolfo cae en la batalla de Lutzen (1632) ya había dado al Estado Mayor una dimensión que perduró doctrinariamente. En muchos aspectos el monarca sueco reencarna a Alejandro Magno. Este, una vez hecho su plan de batalla y emitido sus órdenes, asumía intrépidamente el mando del cuerpo encargado de cumplir la misión decisiva. Así definió la batalla de Arbela, al frente de la caballería, sobre su ala derecha. Comandando también el ala derecha cae Gustavo Adolfo en Lutzen. El buen manejo del Estado Mayor aún no había enseñado al Comandante en Jefe a desligarse del choque físico, para actuar como director supremo de la guerra.

Los Estados Mayores Modernos

El Siglo XVIII es el de la consagración de los Estados Mayores. Establecida su necesidad co-

rresponde a los reyes militaristas y guerreros introducirlo vigorosamente en sus ejércitos. Es lo que hacen Federico el Grande (1712-1786) en Prusia e, inspirados por él sus pocos amigos y muchos adversarios, en el resto de Europa. Donde el Rey no marcha a la guerra con sus ejércitos, el Estado Mayor es la creación de los generales en campaña. Así lo hace para Inglaterra el Duque de Marlborough, el más brillante de los generales británicos del Siglo XVII.

Resulta apasionante seguir el desenvolvimiento histórico de los Estados Mayores a partir de Federico, identificar los hombres que desde cargos de gobierno o de mando militar realizaron tareas que trascendieron su época y su nación. Sin espacio para ello, conviene singularizar ciertos aspectos de la evolución de los cuerpos asesores en Europa, desde donde se esparcen por el mundo.

a) *Selección y Educación*

Federico de Prusia, al perfeccionar el instrumento recibido de su padre, el Rey Sargento, insistió en las altas calidades del oficial que ingresara al Estado Mayor que, bajo su dirección, alcanzó status de cuerpo, es decir de organismo permanente al que se pertenecía como a cualquiera de las armas tácticas. Este mismo criterio se extendió a otros Esta-

dos Mayores, que así alcanzaron condición de verdaderas élites profesionales.

Este sentido de calidad selectiva se pone de manifiesto en una anécdota de Federico. Algún oficial acudió a él en demanda de reconocimiento a sus méritos, expresando que pese a haberse hallado en todas las batallas de la Guerra de los Siete Años (1756-63) no había conseguido ascenso alguno. Federico le replicó tajantemente: "También hay una mula en la intendencia que estuvo presente en las mismas batallas y sigue siendo una mula de intendencia".

Pronto se estableció que no bastaba disponer de Estados Mayores selectos. La guerra se hacía más científica y compleja por lo cual había que proveer educación especializada a los oficiales de Estado Mayor. Federico funda la Academia de los Nobles en Prusia para este fin, señalando: "Eventualmente obtendremos de ese Cuerpo (el Estado Mayor) ciertos hombres que no solamente llegarán a generales en el decurso del tiempo por virtud de grados y jerarquías, sino, lo que es más importante, por poseer las calidades necesarias".

Casi para la misma época se instituía en Francia el Colegio de Estado Mayor en Grenoble. En Rusia el proceso tardaría más tiempo, bajo la dirección de Pe-

dro el Grande, que contrató un distinguido oficial prusiano, Theodore Bauer, para la modernización del ejército. Once años permaneció Bauer al servicio del Zar, lapso en el cual forjó una excelente herramienta directiva.

b) *Mando de Tropas y Servicio de Estado Mayor*

Aunque hay oficiales que sobresalen en ambas actividades, otros resultan mejor equipados para una u otra función. Esta dicotomía produjo largas controversias—aún no del todo dirimidas—sobre la conveniencia de que el Cuerpo de Estado Mayor, como en Prusia y Alemania en algunas épocas, fuese tan exclusivo que sus miembros pudiesen llegar a las más altas jerarquías sin pasar por las filas. La experiencia indica, sin embargo, que los períodos en que así se procedió produjeron excesiva teorización, se interrumpió la mutua corriente de influencias saludables y se llegó aún a distanciamientos y antagonismos tanto físicos como intelectuales.

c) *Literatura de Estado Mayor*

Desde los escritos de César que sirvieron de inspiración a los condottieri medioevales, documentos de diversa índole propagaron en su tiempo la doctrina de Estado Mayor y la legaron a la posteri-

dad. Cuando en el Siglo XVII se avanzó notoriamente en la conformación de cuerpos asesores del mando superior, las experiencias obtenidas comenzaron a verterse en documentos, manuales, reglamentos y memorias, que fueron creando una base científica para la organización y empleo de los Estados Mayores y constituyeron medios de propagación doctrinal de unos países a otros.

Mientras Federico de Prusia forjaba su formidable "cerebro" militar, Pierre Bourcet en Francia cumplía función similar aunque más discreta. Sus Memoranda al Rey son antecedentes directos de nuestras actuales apreciaciones de situación, documentos razonados en los que el General presentaba al Monarca los elementos sustanciales para la toma de decisiones estratégicas. Más tarde, nombrado Director del Colegio de Estado Mayor en Grenoble, resumió sus experiencias de guerra en un virtual texto sobre la función de estos Cuerpos, que intituló "*Principes de la Guerre de Montaigne*".

Contribución importantísima a la doctrina sobre Estados Mayores fue el libro del Barón Paul de Thiebault, publicado por primera vez en los albores de la era napo-

leónica en Francia (1800) y un año más tarde en Londres: "*Manuel des Ajudants Generaux et des Adjoints Employes dans les Etats-Majors Divisionnaires des Armées*".

Lo que no pudo imaginar siquiera el Barón de Thiebault al escribir su pormenorizada obra, fue el servicio que habría de prestar con ella a los hasta entonces heterodoxos e improvisados ejércitos de la libertad al otro lado del océano. Su manual, muy probablemente traído por oficiales de la Legión Británica, atrajo la atención de un General, en cierta forma improvisado como sus huéspedes: Simón Bolívar. El Libertador expidió en su Cuartel General de Angostura, con fecha 24 de septiembre de 1817, un Decreto creando el Estado Mayor General, en el que disponía a la vez la adopción del Manual de Thiebault para reglamentar "*Cuántas funciones correspondían antes a los Mayores Generales y Cuarteles Maestros, cuyas plazas quedan desde ahora suprimidas...*" (3).

No fue simple coincidencia que a partir de 1817 el Ejército Libertador comenzase una lenta pero profunda transmutación. Cuando en Casanare, fusionadas las fuerzas de Venezuela y Nueva Granada, preparaba Bolívar el paso del

(3) Thiebault, Barón Paul de: *Manual General del Servicio de los Estados Mayores Generales y Divisionarios en los Ejércitos*. Ministerio de la Defensa, Caracas. 1973. Edición facsimilar de la primera publicación en castellano. Madrid, 1818, Imprenta de Don Miguel de Burgos.

Ande, dio a su fuerza una organización en la que cobran forma los principios de Thiebault, con un Estado Mayor General a órdenes de Soublotte y Estados Mayores Divisionarios con Pedro Fortoul en la Vanguardia a órdenes de Santander y José María Córdova, apenas Teniente Coronel, en la Retaguardia comandada por Anzoátegui.

El libro de Thiebault es, además, un manual de operaciones que mucho debió de servir a los militares colombianos para perfeccionar sus técnicas de dirección, mando y estado mayor, hasta culminar el 9 de diciembre de 1824 en Ayacucho, con el mejor de los ejércitos que el continente americano hubiese visto hasta entonces (4).

La Era Napoleónica

Durante la Campaña de Italia, con la que Napoleón Bonaparte irrumpe arrolladoramente en los ámbitos de la grandeza militar, descubre a un oficial sin brillo propio, pero metódico hasta el

detalle, organizador por naturaleza, enérgico y ejecutivo: Pierre Alexandre de Berthier, autor de un notable estudio sobre dicha campaña: "*Documentos sobre el Servicio de Estado Mayor General del Ejército de los Alpes*".

Siendo Napoleón su propio Oficial de Operaciones, halló en Berthier el complemento ideal. Lo hizo Jefe de su Estado Mayor General y en ese carácter lo acompañó con eficiencia impresionante hasta su primera caída y destierro a la isla de Elba. Allí defeccionó Berthier, pasándose al campo de la realeza. Enorme falta le haría al Emperador en Waterloo donde fue reemplazado por Soult, uno de sus Mariscales de Campo, quien no logró articular el Estado Mayor con la eficacia cronométrica de su antecesor.

En el campo contrario el Duque de Wellington había diseñado y puesto a operar su propio Estado Mayor desde la Campaña de España. Era todo un instrumento de precisión, dotado de hombres que el General buscaba y preparaba cuidadosamente. En el

(4) La preocupación del Estado Mayor Napoleónico por su perfeccionamiento dio lugar a numerosas publicaciones, además de las de Berthier y Thiebault. Entre las más notables cabe citar: "*Con Napoleón en Rusia*" del General Armand de Caulancourt, que recoge la acción del Estado Mayor y sus relaciones con Napoleón en medio de la dureza de la campaña. "*Service dans les Etats-Majors*" del Coronel Fix. "*Triaté sur le Service de l'Etat-Major General des Armées*", contemporáneo de Thiebault y con numerosas referencias a la obra de éste. "*Manual de L'Officier d'Etat-Major*".

ejército aliado de Prusia, comandado por Bluecher, militaba como Jefe de Estado Mayor el General Gneisenau quien, al lado de su antecesor Scharnhorst, constituye figura primordial en el resurgimiento del antiguo esplendor militar de Prusia en tiempos de Federico el Grande, opacado ahora por los fulgores napoleónicos.

Waterloo se convierte así en el duelo de dos Estados Mayores, que acompaña al de los respectivos comandantes en jefe. La coordinación Wellington — Gneisenau opera admirablemente y así Bluecher alcanza el campo de batalla en el momento decisivo, inclinándolo la balanza que ya parecía favorecer al Emperador. Hoy todo el mundo habla de los dos grandes generales. Pocos conocen lo que sus Estados Mayores hicieron a la sombra de esos dos gigantes.

Napoleón no produjo grandes transformaciones a los conceptos vigentes sobre Estados Mayores. Más podría decirse que a su sombra poderosa germinó un espíritu creativo que él inspiró sin proponérselo. En ciertos aspectos contradujo conceptos clásicos de este servicio para acomodarlo a su absorbente conducción de la guerra. Concedió enorme amplitud a Berthier en el campo administrativo, pero ejerció con su personalidad dominante e inteligencia excepcional para la concep-

ción estratégica y el planteamiento táctico de la batalla, el mando operativo.

Contribuyó a ello en parte la personalidad de su Jefe de Estado Mayor General. Berthier era un ejecutor sin imaginación, pero jamás fue comandante y sus actuaciones contribuyeron a acentuar la tendencia en boga de separar el servicio de Estado Mayor del mando de tropas. Por autoridad delegada del Emperador dirigió la concentración del ejército en Ratisbon durante la campaña de 1809 contra Austria. Tan absurdas fueron sus disposiciones que los Mariscales, entre sorprendidos y airados, le reprocharon estar conduciendo la *Grand Armée* a su destrucción. Si Napoleón no llega a tiempo para enmendar los yerros garrafales de Berthier, antes del ataque del Archiduque Carlos, el desastre hubiese sido fatal.

Estos factores de índole personal y humana dieron al Estado Mayor de Napoleón características únicas. El Estado Mayor Imperial bajo Berthier era una máquina de acabada perfección, que liberaba al Emperador de consumirse en detalles logísticos y administrativos, a la vez que aseguraba el cumplimiento exacto de sus órdenes y disposiciones. Pero Napoleón creó su propio Estado Mayor Personal, *La Maison*, especie de Casa Militar de Campaña, que manejó, por encima y más

allá del Estado Mayor de Berthier, la Inteligencia y las Operaciones bajo la férrea mano del Emperador (5).

Berthier era un carácter difícil. Regañón, obsesionado por los detalles, celoso del brillo ajeno, buscaba para sí todo el mérito. Pero nadie puede negarle su capacidad ejecutiva ni su voluntad de acero, entremezclada es cierto con terquedad exasperante. Bajo sus órdenes militó uno de los grandes cerebros militares de su tiempo: el Barón suizo Antoine Henri Jomini. Su brillantez tendía a opacar a un jefe que lo era por virtud de la grandeza napoleónica. Jomini veía claro donde Berthier sólo hallaba neblina, pero no lograba vencer la obcecación de su superior, aumentada con los celos que lo movían a rechazar porque sí las iniciativas de su subalterno. Jomini como extranjero en el ejército francés no podía entrar en conflicto. Op-

ta por pedir su retiro para pasar al servicio del Zar de Rusia, donde sus talentos hallan amplio reconocimiento y funda en 1832 la famosa Academia Nicolás. Sus escritos militares son famosos y contribuyeron grandemente al pensamiento universal.

Históricamente la evolución del Estado Mayor ruso ofrece positivo interés, pero su paralelismo con el prusiano, del que recibió influencia permanente desde Pedro el Grande, nos releva de dedicarle atención especial dentro del propósito de estos comentarios, por cuanto no aportó al arte militar elementos propios.

La época contemporánea

La derrota suele ser espolazo en el ijar de los pueblos guerreros. Cuando la Prusia que alcanzó la grandeza bajo Federico sucumbe con su orden lineal ante las águilas de Napoleón, inicia de

(5) De Napoleón, Director Supremo de la Guerra, dependían directamente y a un mismo nivel La Maison y el Estado Mayor General. *La primera* contaba con una Ayudantía General integrada por 7 Mayores Generales, 3 Brigadieres y un Coronel, prolongación de la autoridad del Emperador por delegación. Una *Sección de Oficiales de Ordenes* con un Coronel y 11 Capitanes y el *Gabinete de Guerra*, verdadero Departamento de Inteligencia y Operaciones con tres subdivisiones: Inteligencia, Topografía y Secretaría. El Estado Mayor Imperial (General) no contaba con Departamentos de Inteligencia ni de Operaciones, lo que resulta bastante significativo. Además de un Estado Mayor Personal a órdenes directas de Berthier, disponía de un Departamento de Servicios Generales (Adjutant Commandants) y cinco de Estado Mayor: Topografía, Artillería, Policía Militar, Ingeniería y Oficiales Disponibles.

Como puede apreciarse era un EM sencillo, pero la duplicidad establecida con La Maison le da un carácter bien peculiar que solamente se explica por la presencia colosal de Napoleón Bonaparte.

inmediato el resurgimiento con hombres como Clausewitz, el gran filósofo de la guerra, Scharnhorst, Gneisenau y más tarde Moltke, que plasman tenazmente el "cerebro de un ejército" de que hablara Wilkinson.

La victoria, en cambio, suele adormecer. La monarquía francesa se siente triunfante sobre el Gran Corso y la fatiga de la gloria aletarga el espíritu francés. Se llega así a la confrontación franco-prusiana de 1870. Napoleón III ha tratado de revivir la época heroica de su antecesor lejano y dar nueva vida al Imperio, pero algo va del sueño a la realidad. El Coronel Stoeffel, agregado militar francés en Berlín, envía cartas angustiosas sobre lo que es el Estado Mayor de Bismark. El Mariscal Niel trata desesperadamente de revivir el descaecido Estado Mayor de Francia y acomete serias reformas a partir de 1867. Es tarde. La guerra contra Prusia se viene encima y un Estado Mayor llevado al más alto grado de perfección por Moltke el Viejo, con los ferrocarriles convertidos en eficaz elementos de movilización y concentración, da a su oponente francés la más contundente lección de eficacia.

La Guerra del Setenta logra un viejo sueño germano: la unificación del imperio. Bismark, el Canciller de Hierro, es su arquitecto político. Von Moltke su artífice militar, con el Estado Mayor co-

mo esencia misma del poder. Francia absorbe la terrible lección y comienza a preparar la revancha. Algo ha quedado impreso indeleblemente en la Historia: el Estado Mayor es la clave del triunfo, que dependerá de su calidad, profesionalismo y eficiencia.

Los Estados Mayores Anglosajones

Curiosamente Inglaterra, pese a la sucesión interminable de guerras que engendran su vastísimo imperio, no dedicó al servicio de Estado Mayor esfuerzos consistentes hasta comienzos del presente siglo. La explicación reside en la naturaleza de sus luchas, desarrolladas siempre en ultramar, con fuerzas expedicionarias obligadas a actuar con sus propios medios sin dependencia ni conexión inmediata con un Gran Estado Mayor General.

Se ha visto ya cómo sus grandes conductores militares crearon Estados Mayores en campaña para suplir la carencia de organismos permanentes. El Duque de Marlborough en el siglo XVII a partir de la victoria de Blenheim. Más tarde el Duque de Cumberland, Pitt el Mayor (El Gran Comunero) y James Wolf en el XVIII, fallecido este último en la batalla de Quebec cuando alumbraba como uno de los grandes

talentos militares de la Historia. Luego el Duque de Wellington el XIX frente a Napoleón.

Lo propio ocurre en Estados Unidos. Washington clamaba ante los poderes políticos de la revolución por un Estado Mayor, cuya necesidad había aprendido en el ejército inglés contra el cual luchaba ahora. Un prusiano, el General Von Steuben, contratado por Franklin en Europa, suplió esa urgencia en forma brillante e hizo posible la acertada dirección del ejército revolucionario. Más tarde, cuando la guerra llamada de secesión desgarraba el país, George Mc Lelland, comandante del Ejército del Potomac, se quejó amargamente de no disponer de un cuerpo asesor y Ulises S. Grant, convencido de su urgencia, consiguió organizarlo en plena guerra, sobre los moldes dejados por Von Steuben casi una centuria más atrás.

Tan sólo en los albores del presente siglo las guerras contra los Boers en Suráfrica por parte de Inglaterra, y contra España por Estados Unidos, revelan las deficiencias existentes y promueven esfuerzos de fondo por suplirlas, lo que tan sólo culmina con la I Guerra Mundial. El General Pershing, Comandante de la Fuerza Expedicionaria estadinense, hubo de crear en el Teatro de Guerra

un Colegio de Estado Mayor en Langres, para preparar su oficialidad en cursos acelerados, sobre la base de experiencias inglesas y francesas. Es el comienzo de una auténtica doctrina de Estado Mayor norteamericana, que se afirma cuando, en 1921, el mismo Pershing convoca un Consejo de Oficiales de alta graduación para estudiar lecciones de guerra y formular recomendaciones relativas a organización y funcionamiento del Estado Mayor.

Las potencias vencedoras trataron de borrar para siempre aquél monstruo guerrero que durante dos siglos venía forjando victorias: el Gran Estado Mayor Alemán, que aún en el desarrollo infortunado de la guerra había demostrado su formidable capacidad. No lo consiguieron. A espaldas del Tratado de Versalles el General Hans Von Seeckt preservó el extraordinario aparato, disimulándolo en la fuerza de cien mil hombres que se le permitía a Alemania, y se dedicó en cuerpo y alma a rehacerlo, estructurándolo sobre las ruinas morales de la derrota. La presencia de Von Hindenburgh en la jefatura del Estado, héroe nacional y exponente clásico de la casta militar prusiana, hizo posible aquel renacimiento, que Hitler no tardaría en utilizar para sus fines.

La II Guerra Mundial

Los espectaculares avances tecnológicos, la irrupción masiva de lo que hoy se conoce como *guerra de material* y la masificación de la lucha, dieron a la función de Estado Mayor una importancia nunca antes registrada.

Se escenificó un duelo entre dos concepciones: la alemana de estirpe prusiana y la anglo-americana, ágil, creativa e imaginativa. La primera produjo las victorias espectaculares de la guerra relámpago y la prodigiosa coordinación aero-blindada que las hizo posibles. La segunda fue capaz de producir la respuesta condicionada que trajo consigo la utilización impresionante de los recursos velozmente movilizados y volcados sobre Europa. Francia, con su alto mando anquilosado en una mentalidad típicamente defensiva, fue barrida de la escena por la arrolladora "blitzkrieg" de su enemigo histórico.

Escapa al alcance del presente artículo el análisis de esa confrontación de mentalidades, actitudes y sistemas. La historia, bien reciente por otra parte, penetra a Colombia en la post-guerra, tanto por la vía académica de nues-

tra Escuela Superior de Guerra, como por la más empírica de la lucha obtenida por medio del Batallón Colombia en Corea, y de las operaciones combinadas en Egipto, dentro de esquemas anglo-americanos.

Nuestro país comenzó a introducir la doctrina norteamericana en reemplazo de la alemana de pre-guerra en la segunda parte del decenio de los cuarentas. Desde entonces ha realizado importantes avances en la estructuración de sus Estados Mayores, tanto en los niveles Conjunto y de Fuerza, como en los tácticos. Las lecciones de la Historia, que apenas si se han tocado en forma resumida en las presentes páginas, habrán de perfeccionar sus organismos directivos, que ya registran sólido profesionalismo.

Thiebault sentencia en su ya comentado Manual: "*El objetivo de todo oficial de Estado Mayor al que se pide un informe debe ser, rendirlo de inmediato, preciso, exacto y completo*". Esta verdad aliviada en 1808, sigue teniendo plena vigencia en nuestros días, así como los principios y fundamentos establecidos sobre estos cuerpos anónimos a lo largo de los siglos.